

**L**A aparición de *Valores diarios* a fines de 1970 desencadenó en Buenos Aires una microcra Girri. No hubo sección literaria que no lo exaltara; su imagen se multiplicó a todo color en los semanarios y pese a ser un gran poeta que no hace concesiones a lo que no es poesía, está en camino de alcanzar la popularidad.

Para mí —dice Octavio Paz presentando *Valores diarios*— (con medios distintos, acaso con menos vigor y ascetismo que él) la alquimia —la poesía—, no es, no puede ser sino la misma cosa: la evocación y la invocación de un instante en el que nuestra verdadera naturaleza se transparenta. Por caminos que no son muy distintos buscamos lo mismo: la transparencia.

Palabra ésta que asocia la aventura poética de los dos americanos a la denodada búsqueda consciente que ocupó al J. R. Jiménez de los años finales: *La transparencia, Dios, la transparencia.*

Si la opacidad se produce por la densidad de materias que intercepta la luz, en poesía, la falta de selección de los elementos posibles, el desarrollo acumulativo crea también opacidad. La transparencia aspira a liberar la intuición del modo más directo, más económico, aunque las maneras de alcanzar dicha transparencia sean disímiles aún en poetas a los que ella aproxima.

La poesía de Alberto Girri tiende a desarrollarse en una línea coherente. Desde su primer libro, *Playa sola*, 1946, Girri es el antípoda del escritor dúctil, voluble, arrastrado por una Circe ubicua hacia todas las posibilidades de la poesía o, aún más, de la literatura; porque, pese a ser autor de algunos relatos, la expresión poética es su centro evidente.

La poesía es el corazón de la literatura. Es hoy el frente verdadero donde se libra la batalla de la literatura. De este frente hay muchos que desertan, debilitados por las dificultades, tentados por un éxito que ya ni siquiera es literario: se convierten a la prosa, dice Girri. La prosa, ¿o sea la distancia mayor hasta la transparencia? ¿Qué es para él la poesía exaltada al grado más alto de la literatura? Obviamente su fórmula es estricta; quizás ni siquiera la abarca su afirmación de que "la poesía debe ser básicamente un medio de conocimiento, una forma de indagación de la realidad".

Desecha Girri uno de los más frecuentes rasgos de la poesía, el que la convierte en un desagadero de las pasiones sentimentales del hombre, en un grito confesional, en un sucedáneo. No faltan en este siglo de la violencia evidente, lectores que hurgan en las vísceras de esas aves difíciles en busca de vaticinios, de

explicaciones, de iluminaciones sobre su propia vida y sentimientos, perennes lectores románticos que quieren compadecer, ser compadecidos. Esta poesía probablemente los frustra. Como Chopin, Girri intenta "hacernos dejar de creer / que con sólo acordes poderosos, fortísimos, / consigue un plano subyugar a la audiencia", rompiendo con aquella sentimentalidad siempre brillante, la sentimentalidad sobre fondo azul, que decía Breton.

Lo logra mediante un lenguaje preciso que valoriza exactamente cada término, saca lógicas conclusiones de cada principio en un desarrollo nítido, da rara vez saltos metafóricos, elude los acordes fortísimos pero también los matices que suavizan el mensaje. En los libros sucesivos últimos —*El ojo, Envíos, Casa de la mente*—, se extrema la concisión. Con ella Girri prescinde de un recurso casi omnipresente en la poesía contemporánea, la ambigüedad, con su posibilidad de sentidos diversos, complementarios, entre los que juega la libertad del lector. Decir que Girri es cerebral o hermético fueron endosos habituales de una crítica de superficie. Se repite con ello un viejo fenómeno por el cual, toda vez que el poeta salta los habituales moldes de la coordinación, resquebraja su sintaxis o despoja su estilo de algunos tradicionales lujos o privilegios —sonoridades ricas, ritmos aprisionantes, sorpresas metafóricas, etc.—, aquel lector se detiene y aparta de lo que requeriría de él un arrojo similar o un mero esfuerzo, una voluntad complementaria de abolir convenciones. El lector suele resistirse a la idea de que la poesía es discusión y aun violación de los códigos; y cuando el poeta abandona, como jirones de sí mismo, en su búsqueda de lo verdadero hondo las transacciones de la rima, las inercias de la melodía, corre el riesgo de todo adelantado: aislarse, como el J.R.J., cansado de su nombre y de otras facilidades, buscando el ocurrir de la expresión indecible: me está volviendo loco la razón. Porque es ésta la que, fuera de las excepcionales "iluminaciones", encamina los pasos de la poesía.

Girri elude el tratamiento usual de ciertos tópicos, el amor, por ejemplo, las solitaciones más generales del sentimiento, las tristezas y alegrías como expresión de sucesos que, con leves variantes, alimentan mucha de la poesía tradicional. Pero tampoco es la suya una poesía de la imposibilidad. Entre la sombra de Caín y el rostro de Apolo ha logrado el angustiado término medio; la expresión tensa al máximo, que puede parecer quieta si no se percibe la vibración dolorosa, a la que sólo se le deja paso cuando ha sido filtrada, transformada por un análisis per-

sistente que la va decantando hasta convertirla en una noción pura, en una idea. No alcanza; todavía falta "imaginar un lenguaje: un sello que deseche las jergas / la rutina de establecer conexiones, / analogías, enfrentamientos / entre entidades distintas". Ese lenguaje por un lado debe quebrar los esquemas que la pereza reitera, pero también la rutina que busca con insistencia la originalidad de las asociaciones imprevisitas.

Quien busque en la poesía un ámbito natural, exento de afectaciones retóricas, lo encontrará en la de Girri. Su fijo monólogo, su introspección constante, reflexiva, ahondadora de indicios, logra el tono justo de un lenguaje de la realidad, de un lenguaje que inquiere, analiza, intenta expresar la realidad, sin desvíos, sin traiciones o distracciones: *El espíritu corta demasías, / quita lo prodigo, poda lo exuberante, / y que la fuerza de las cosas está en sus relaciones.*

Pocas veces una poesía desarrollada a través de una obra tan vasta y a lo largo de años que presuponen cambios de vida, modificaciones del ser, es tan fiel a ciertos principios rectores, tan clara de destino, descubierta desde muy temprano la elocuencia de la lucidez, la lucidez como elocuencia verdadera.

La contemplación de lo real no origina una relación pasiva, sino una activa crítica de lo contemplado, traducida en un cuestionamiento del propio lenguaje, y en esto Girri coincide con la creación más original de una tradición viva americana. Dijo Girri en un reportaje de los muchos que rodearon la aparición de *Valores diarios*: "Es obvio, por superficialmente que se lean mis poemas, mi especial interés por los objetos reales de este mundo. Pero, y aquí me remito nuevamente al imprescindible Wallace Stevens, lo real es solo la base; en la poesía, lo imaginativo no debe desprenderse de la realidad, la imaginación pierde vitalidad en cuanto deja de adherirse a lo que es real. Ahora bien, mi preocupación por lo que la realidad tiene de ambiguo y paradójico suele ser, por momentos, obsesiva. Siento una casi permanente sensación de la dualidad de cada apariencia, y siento que el único asidero que tenemos para que eso que llamamos realidad exista verdaderamente es la palabra, el verbo, que está en el principio, en el medio y en el fin de todo, y que produce las formas".

Es pues una poesía de lo real, y su lenguaje le corresponde: encontramos una adjetivación pertinente, significaciones que se mantienen dentro de una lógica semántica, la misma que el surrealismo en su ilimitada tormenta trató de desguazar. No es arbitrario mencionar este movimien-